HOMILÍA TE DEUM 2019 – 16 de septiembre
Sergio Pérez de Arce A.

Agradezco a todos ustedes su presencia aquí para orar por nuestra patria y agradecer a Dios todos sus dones. Quisiera compartir de manera sencilla unas palabras que nos ayuden a mirar juntos nuestra historia presente y los desafíos que tenemos como ciudadanos y como dirigentes. También los desafíos que tenemos -los que adherimos a una fe religiosa- como creyentes.

Me he preguntado: ¿Qué nos preocupa hoy? ¿Cuáles son los ámbitos o temáticas fundamentales a los que tenemos que poner atención y en los que tenemos que trabajar, especialmente en nuestra Región de Ñuble?

Por supuesto que hay muchos y variados desafíos, me detengo solo en tres.

El primero es la situación de los que menos tienen, de los más postergados en sus condiciones de vida. Estamos contentos por ser nueva región y por los pasos de desarrollo que se van dando, pero no podemos olvidar que somos la segunda región del país con mayor porcentaje de población en situación de pobreza (16,1%), y junto con la Araucanía ocupamos el primer lugar en población en pobreza extrema (4,6%). Si tomamos los índices de pobreza multidimensional, estamos entre las 4 regiones más pobres (casi un 25 %), lo que significa que una de cada cuatro familias tiene problemas importantes en educación, vivienda, salud, trabajo o redes sociales. Siendo la región del país con más ruralidad, las carencias se viven con más fuerza en las comunas rurales. A lo que se suma actualmente una alta tasa de desempleo, también de las mayores del país: un 9,8%.
Sabemos que la pobreza y las carencias no son solo números. Son rostros, son hermanos, son grupos familiares, que nos interpelan a una acción siempre más decidida en pro de un desarrollo que alcance a todos y a una configuración más solidaria de nuestras propias vidas y de nuestra misión en el mundo.

Una segunda temática que nos preocupa, y ante la cual va creciendo una nueva sensibilidad en vastos sectores de la población, es el cuidado de la casa común, del medioambiente. Somos una región con una rica y variada naturaleza, con montañas, ríos, mares y campos. Podemos ser una región más ecológica, pero tenemos varios puntos que mejorar, que nos interpelan a un cambio en las conductas y los hábitos: altos niveles de contaminación atmosférica en los núcleos urbanos, extracción ilegal de áridos en los ríos, dificultades para manejar desechos sólidos y residuos domiciliarios, amenazas para el medioambiente por diversas actividades productivas en mares y campos. Hay iniciativas en el desarrollo de energías sustentables, pero podemos hacer todavía más. Y no podemos descuidarnos en relación al acceso y la calidad del agua, cuya escasez y administración está siendo un problema en varias regiones del país.
En su Encíclica Laudato si, sobre el cuidado de la casa común, el Papa Francisco nos hace “una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversión que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan e impactan a todos” (N° 14). “Los jóvenes nos reclaman un cambio – dice el Papa. Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos” (N° 13).
Ojalá asumamos como Región este desafío esencial que nos plantea en Papa: construir nuestro futuro sin dejar de pensar en la crisis del ambiente y el sufrimiento de los excluidos.

Y como tercer ámbito, les propongo mirar la calidad de nuestra vida política y de nuestra convivencia democrática. El ser una región no demasiado extensa, donde es más fácil el conocimiento mutuo, donde muchos tienen historias y experiencias comunes que los han hecho caminar juntos desde hace años, puede ser una ventaja para tener relaciones más fraternas, encontrarse y dialogar, y buscar en comunión los mejores caminos para enfrentar los desafíos que la realidad nos plantea.
Siempre tenemos que preguntarnos cuál es el sentido último de la acción que desarrollamos desde el gobierno, los partidos políticos, el congreso, el poder judicial, las municipalidades, las fuerzas armadas y de orden y las diversas organizaciones sociales y comunitaria, pues lo que nos tiene que mover es la consecución del bien común. Todo lo demás: nuestras aspiraciones personales, nuestros enfoques y propuestas frente a los problemas, nuestra fidelidad a tal o cual organización, incluso nuestro legítimo deseo de hacer triunfar la propia visión de sociedad en el juego democrático, debe subordinarse a lo que juntos tenemos que construir. La participación en la vida social y política no puede estar motivada primeramente por las ventajas que cada uno puede obtener, sino por la realización del bien común, que solo juntos es posible alcanzar, acrecentar y custodiar. Por eso se hace tan necesaria la amistad cívica, el tender lazos y construir confianzas. Ese es el clima que quisiéramos vivir en estas fiestas patrias y en forma permanente en nuestra Región y en todo el país.

En la palabra de Dios que hemos escuchado (Dt 6, 4-9; 7, 6-12; Mt 7, 21-27), Jesús nos invita a fijarnos en el cómo estamos construyendo nuestras vidas. Hay una manera de edificar que no resiste el tiempo, las dificultades y los temporales que vienen de cuando en cuando; la casa termina derrumbándose. Por eso es oportuno que nos preguntemos si construyo para que las cosas permanezcan y transciendan o construyo solo para salir del paso. ¿Cómo estamos construyendo nuestra Región, la vida social, las instituciones que cada uno tiene a cargo o de las que participa? ¿Edifico superficialmente sólo para que aparezca mi éxito, sólo para aparecer y puntear bien en las encuestas? ¿Edifico solo para los míos, los de mi grupo, los de mi lado, los que piensan como yo, o edifico sobre una roca que nos sostenga y nos dé seguridad a todos?
De nuevo cito al Papa, ahora en la Evangelii Gaudium: “A veces me pregunto quiénes son los que en el mundo actual se preocupan realmente por generar procesos que construyan pueblo, más que por obtener resultados inmediatos que producen un rédito político fácil, rápido y efímero, pero que no construyen la plenitud humana” (EG 224)

En nuestra visión cristiana, la plenitud humana no se alcanza sin la comunión con Dios, nuestro Creador y Padre. La fe en Dios y el amor a la Virgen María han acompañado a nuestro pueblo desde sus inicios como nación. Hoy, en un nuevo contexto cultural y apreciando la libertad de las personas para adherir o no a una fe religiosa, podemos seguir contando con la fidelidad de Dios con la humanidad entera y nuestra nación: “Él es un Dios fiel, mantiene su alianza y su fidelidad a lo largo de mil generaciones”, hemos proclamado en el salmo. Nosotros somos frágiles. Aún con nuestros avances, nuestro desarrollo y nuestras realizaciones, sabemos que “los días del hombre son como la hierba: él florece como las flores del campo; las roza el viento, y ya no existen más”. Pero el amor del Señor permanece para siempre, nos recuerda el salmista. No desterremos a Dios de nuestras vidas y de nuestra existencia como nación. Cada día podemos volver a amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y reconocer nuestro destino unido a su bondad y su misericordia, pues sabemos que “el amor del Señor permanece para siempre”.